

a las fuerzas eternas del espíritu y tiene páginas admirables por su sinceridad y por su emocionado patetismo.

En pocas partes hay mayor contenido que en una de sus últimas apreciaciones de conjunto, a propósito de Mauriac. Ahí se dice que el orden es para muchos objeto de conservación y no régimen de vida.

Rousseaux, que es un gran crítico y un escritor finísimo, siente también su vacío interior. En esas páginas presentimos, tal vez su desesperación cristiana, frente a la destrucción de un mundo en que se vive más de abstracciones y de apariencias que de sentimientos sinceros.

En *Ames et Visages du XXe Siécle* hay un testimonio vivo de las más poderosas inquietudes literarias de nuestro tiempo. —RICARDO A. LATCHAM.



«LA CHICA DEL CRILLÓN». Una novela social y humorística.

Como expresión estética de la vida, en el arte caben, en confluencia abigarrada y tumultuosa, las tendencias más contradictorias, las situaciones más inverosímiles, que siendo humanas adquieren el relieve de lo posible. Es en la subconsciencia del artista donde se forja su personal y exclusiva concepción de la realidad. El artista puede pintar rojo donde el ojo del profano advierte amarillo, porque el arte no es fotografía, reproducción exacta de lo que objetivamente tenemos por verdadero; y yerran crasamente los que con minuciosidad notarial amasan su subjetivismo con los elementos que la realidad les ofrece, sin alterarlos por la creación artística. Son los que copian el paisaje fielmente como para una guía del turismo. Los que pintan los caracteres tal cual se presentan en la vida, sin agregarles ni un rasgo caricaturesco ni un sello que los diferencie. Donde hay una nube, ven nada más que una nube; donde hay un hombre vulgar, lo es-

tampan con la fisonomía indistinta de la vulgaridad. Así se ha ido nutriendo la literatura realista, como aplanada por el peso enorme de lo auténtico, de lo objetivamente verdadero. El documento y la información, el detalle escrupuloso y exacto, la verdad ceñuda, constituyen los ingredientes con que componen su arte los escritores que buscan en lo concreto y asequible el material para sus libros. La literatura chilena, sobre todo la novelesca, se caracteriza casi uniformemente por su objetivismo, por la copia exacta de lo que se ha dado en llamar la realidad chilena. Mientras más fiel se es a ella, tanto más artística será la reproducción, sostienen los que sólo ven aquello que les entra por los ojos. Lo que es pura creación de la fantasía, realidad alterada por la ficción, o ahondamiento en la psiquis hasta diseccionarla, es algo extranjerizante. Y el nacionalismo está de moda y hay que ser nacionalista hasta en literatura. Felizmente, sobre las tendencias de moda se imponen los temperamentos fuertes y de acusada personalidad, que se exteriorizan espontáneamente, impulsados por las sollicitaciones íntimas de su ser. A esta clase de escritores pertenece, entre otros, Joaquín Edwards Bello.

Recia y compleja es la personalidad literaria de Joaquín Edwards Bello. Cronista cotidiano de lo vulgar y de lo intrascendente, en la prensa; novelador fuerte y naturalista, en «El Roto»; cinematográfico y folletinesco, en «Criollos en París»; pintor de ambientes y creador de caracteres, en «Un chileno en Madrid»; acuarelista y sentimental evocador, en «Valparaíso, la ciudad del viento». Cada una de sus obras nos presenta un desconocido aspecto de su polifacética personalidad. Ahora nos llega una nueva obra de Edwards Bello, «La Chica del Crillón», novela de verano, para ser leída en las playas rumorosas y en los campos silenciosos. Edwards Bello nos da a conocer en esta novela un sector aristocrático de la sociedad chilena. Está hecha, pues, con elementos reales; pero Edwards Bello se sobrepone a la realidad, acondicionándola a su visión de la vida con todos los ingredientes que brotan de su poderosa fantasía. Adereza la realidad, no para

alejarse de ella, sino para presentarla en su aspecto caricaturesco y suscitar el humorismo. He aquí, a nuestro juicio, la principal característica de esta novela: el humorismo que chorrea por todas las páginas que constituyen el libro.

Se ha dicho, no sin razón, que Edwards Bello es implacable en sus juicios sobre todo lo chileno; que hay en el fondo de su espíritu un pesimista que vapulea todas nuestras flaquezas; que sus críticas son acerbas y mordaces. Bien puede ser efectivo ello en otras de sus obras o en sus crónicas periodísticas. Pero en «La Chica del Crillón» no es el humorismo despiadado de Quedo, ni el humorismo pesimista de Larra el que se manifiesta; es más bien el humorismo regocijante del Arcipreste de Hita, que se goza con las corrupciones de una sociedad decadente, sin arrancarle un gesto, una actitud condenatoria. Así es este Edwards en su «Chica del Crillón». Valiéndose de las observaciones que puede apuntar una muchacha ingenua, Edwards nos hace desfilan los más diversos tipos de la fauna humana; pero, como ya hemos dicho, no los presenta tal cual son en la realidad; así su novela no pasaría de ser una vulgar novela de clave, en que los personajes aparecerían como fotografiados y sólo encubierto el rostro para despistar. Exagera los rasgos de sus personajes sin desfigurarlos, acentuándolos caricaturescamente hasta llegar a lo grotesco y provocar la risa. Y bien, leyendo «La Chica del Crillón» hemos reído estrepitosamente. Quedan viviendo, con relieve propio, en nuestra memoria los diversos personajes que se agitan en esta novela: la señora Cepeda, lectora de Marañón y de Freud, que cita a destajo en su conversación las opiniones de estos escritores, que se siente sugestionada por el barrio alto y cuyo desenfrenado arribismo la hace caer en la más grotesca cursilería; la señora Rubilar, protectora de niñas hermosas, en quien se advierte cierta anormalidad que Edwards nos la hace entrever púdicamente; Ismenia, la que hizo su fortuna regentando una casa de prostitución, sentimental y bondadosa; Gastón, diplomático, al parecer de una republiquita centroamericana, decadente

y señorial, que con Prima Carnera consideramos las mejores creaciones de la novela; Goyita, el falsificador de cuadros; Teresa Iturrigorriaga, la autora del diario; y Ramón Ortega Urrutia, fuerte, sincero y generoso como el campo donde trabaja. Todo un hombre. Como a través de un calidoscopio, vemos las figuras más heterogéneas de un amplio sector de la aristocracia chilena. Edwards adopta una actitud pasiva, casi indiferente, en la pintura de las costumbres de esa clase social, pues no surge de su pluma ningún acento de elogio ni de admonición. Se regocija en su pintura, así como no deja de manifestar sus simpatías por los humildes que viven en la calle Romero, donde fué a residir Teresa cuando vino a menos. La sátira no aflora. El periodista se ha escondido tras su risa. Edwards se ha enfrentado con esa sociedad y adopta ahora la actitud del espectador que anota todo cuanto acace a su alrededor, gozosamente; de ahí brota su humorismo. El le devuelve en risa lo que seguramente esa misma sociedad declinante le ha negado.

Se ha dicho que en «La Chica del Crillón» hay inverosimilitudes, falta de ilación en el relato y elementos pegadizos que nada tienen que ver con la trama alrededor del cual gira la acción novelesca. Mirados desde el punto de vista de la técnica literaria, tales reparos tienen toda la consistencia de lo verdadero. Pero no debemos dejar de olvidar que Edwards se vale de un diario escrito por una muchacha que pasa por las más diversas aventuras y que este diario es retazo palpitante de vida y como tal, puede darse lo sorprendente e imprevisto. Por eso, siguiendo las vicisitudes de Teresa, todo lo que le aconteció cabe dentro de lo humano, por lo tanto, posible de realizarse. Hasta las propias incorrecciones de lenguaje que encontramos, le dan a este diario un mayor acento humano. Acaso las reflexiones de filosofía casera que estampa Teresa, podrían haberse ahorrado, porque no corresponden a su calidad intelectual.

Edwards Bello nos hace viajar a través de un extremo a otro del país, son a veces tan rápidos estos viajes que hasta él

mismo ha perdido la noción geográfica de lo recorrido. Así, sostiene que para ir a San Rosendo hay que pasar por la costa, siendo que la realidad es muy otra, pues San Rosendo queda en la línea central y el viaje se hace directamente de Santiago sin necesidad de derivar hacia la costa. También cree que a la región de Monte Aguila pueden llegar frescos salmones del lago Villarica, llevados por indios por la cordillera de los Andes. Nosotros nos permitimos dudar de esto, porque la distancia que hay entre ambos puntos es tal, que es muy difícil que ello sea posible. Detalles, por lo demás, más propios de ser hurgados por un crítico cazador de gazapos, que por un lector que sólo coge lo esencial, lo humano que entraña toda obra artística.

En la pintura de los ambientes y en las descripciones de la naturaleza, Edwards Bello es escueto, sólo traza el rasgo esencial, indispensable para suscitar la evocación. Hay en ella cierta sequedad que lo aleja de la poesía, como si le estuviese vedado elevarse en un arranque poético para olvidar, por un instante siquiera, a sus personajes, cuyas vidas planean a ras de tierra. Acaso Edwards ha obrado así como una reacción contra esa literatura que se vale de la novela y del cuento para describir frondosamente el paisaje, y que ha dado páginas de impercedera belleza a nuestras letras.

En «La Chica del Crillón» encontramos la auténtica personalidad de Joaquín Edwards Bello. Al leerla, nos parecía estar escuchando su conversación burbujeante y animosa.—MILTON ROSSEL.



MERCEDES URIZAR, *Novela por Luis Durand*; Ed. Nascimento; Santiago.

Una novela hecha y derecha. Maciza y bien articulada, sin desvíos ni transgresiones técnicas, deja, al leerla, una impresión